

Pluma y Lápiz



PLUMA Y LÁPIZ
SEÑOR
Director de Pluma
CALLE 311
Santiago de Chile

Una vuelta por las Galerías Excéntricas

Allá va un teorema social, que someto, para su demostracion; a los mozos solteros de esta ciudad de ediles camorristas i haraganes, de compositores de óperas indijenas i de políticos de pacotilla: ¿qué hace en Santiago un jóven, en los dias festivos?



Sin aguardar la respuesta, que ha de tardar en venir, paso a decir a ustedes que tal fué la pregunta que me hice a mí propio el domingo pasado, de pié en la puerta de mi domicilio, con las manos metidas en las sisas del abrigo i el majin metido en un aberinto de vacilaciones. Sí, señores ¿qué se hace uno el dia domingo?

Hasta hace poco se podia ir a los toros, pero esta diversion ya ha desaparecido, aunque los cornúpetos aumentan de dia en dia... ¿Ir al Parque a ver costalearse a los gringos i a los metidos a gringos en las peripecias del football? ¿A la Quinta? ¿Al Cerro? ¿A la...?

Perdido en este dédalo de cavilaciones, i empeñado en *Vembarras du choix* estaba este humilde servidor de ustedes, cuando a sacarlo de dudas vino un buen muchacho amigo suyo, que es como hecho de encargo para sacar cristianos de un atoladero. Le hice la pregunta consabida: ¿qué hace hoi un individuo como yo, vamos a ver?

—Bah! me contestó él; te ahogas en una dedalada de agua. El domingo uno se levanta...

—A la prueba me remito.

—...Se afeita...

—¿Me notas algun pelo?

—Nó, por lo ménos en la cara. Almuerza...

—Tambien lo he hecho ya.

—...I por fin sale de su casa.

—¿Qué novedad! Pues, ahí está el busilis: sí, tú sales de tu casa, pero ¿quo vadis?

—Hombre, uno va a cualquiera parte donde pueda pasarlo alegremente, que de eso se trata, i luego, en la noche, ántes del teatro, o despues del teatro, va uno a las Galerías Excéntricas, a recrear el ojo.

—¿Por dónde cae eso?

—Ya lo verás; vamos andando.

I de braceo nos largamos por esas calles. A donde faimos i en qué invertimos las horas del dia, son cosas que me dejo en el tintero, por temor de que nos copien el itinerario los amigos de pasar buenos ratos. El caso fué que, ántes del parto, digo, del teatro, estábamos en la esquina del portal MacClure i Merced, a la puerta de las Galerías Excéntricas. Entramos. Detrás del mostrador estaba el excelente M. Délbecq, que nos invitó galantemente a pasar adentro. I pasamos.

Un pequeño salon de área irregular, con ribetes de museo, e iluminado *a giorno*.

Empezamos la revista por la izquierda, i de súbito nos encontramos ante un par de señorones rechonchos, aplastados, como esos ídolos de piedra de las islas de Pascua. Saludé gravemente. Mi compañero se echó a reir.

—Hombre ¿qué es eso? ¿Ya no te reconoces?

En efecto, me saludaba a mí mismo, es decir, a un *yo* achatado i *caderudo*, que habia perdido toda la esbeltez que me enorgullece, i el cual adesio me le enviaba un espejo cóncavo colocado al frente. Mohino del chasco, me prometí *in petto* no asombrarme de nada durante la visita.

Ni siquiera de un cardenal que empezó allí mismo a chapurrar tartajosamente un ritornelo; i ustedes tampoco se asombrarán, porque no se trataba de un príncipe de la Iglesia, sino de uno de esos pajaritos que llevan su mismo título.

Despues, al lado de la jaula del cantante alado, nos ofrece sus respétos un caballero sin cabeza, que se me antoja un símbolo del Consejo de los Ferrocarriles, con la diferencia de que el muñeco que vemos se la *chanta* de cuando en cuando sobre el gollete, i el Consejo parece que la ha perdido para siempre.

I por órden sucesivo, otro espejo, que nos reduce a la categoria de cucañas, tan largos i enjutos nos retrata.

—¡Caramba!, digo a mi compañero, ¿de qué alto crees tú que se veria aquí don Diego Barros Arana?

—Oh! pierde cuidado: no alcanzaria el espejo a reproducirlo en toda su estension.

Mas allí, Mefistófeles cociendo en una caldera a un prójimo que ha tenido la desgracia de caer entre sus garras i que ora asoma los piés, ora la cabeza, por debajo de la tapadera.

—Buen caldo va a salir de allí, reflexiona mi amigo, como que el que está cociéndose no sea algun poeta romántico.

Otro espejo, que nos devuelve pequenitos, del largo de un jeme. Parecemos dos ciudadanos del pais de Lilibut.

—Dígame usted, pregunto a nuestro guia; cuando ha venido aquí Enriquito Edwards ¿se ha mirado en este espejo?

—Sí, pero no ha podido divisar su reproduccion, porque el espejo lo ha reducido a la nada.

¡Hola, aquí hai un atleta! Pero ¡qué atleta! Finje hacer esfuerzos increíbles por levantar un par de pesas... de carton piedra. Es de ver como se enjuga el sudor del rostro, i el jesto de orgullosa satisfacion que formula despues que ha conseguido levantarlas a la altura de sus rodillas. No sé por qué estraña asociacion de ideas recuerdo a esos diputados que salen de la Cámara llenando el vestibulo con su aire de salvadores del pais, i no han hecho otra cosa en la sesion que contemplar el *plafond* de la sala i dormir a trechos.

En seguida, un pobre diablo que rasgúa las cuerdas de una guitarra, i a sus piés un enano que le lleva el compás moviendo todo el cuerpo, a descoyuntarse. I... esto ¡incorregible! hago otro simil: el *murguista*, la Argentina, que da a los vientos de la América los sonos empalagosos de su vieja tonada «La hejemonia continental» i su acompañante, Perú, o Bolivia, que le lleva el segundo del modo mas cómico que es posible imaginar.

Luego, un tercero, o cuarto, o quinto espejo,—ya he perdido la cuenta,—que se toma con nosotros la libertad de presentarnos en las mas ridículas cataduras. Parece que aquí es todo segun la forma del espejo en que se mira. I sin querer, estamos plajando a Frégoli, el trasformista por excelencia.

¿I este silbante? ¿Será el de la Gran Via? «De este silbante la abuela murió...»

¿A quién silba? ¿A Carrasco? ¿Al *Lautaro*? ¿A los internacionalistas?

—Nó, me dice mi compañero, esos ya están *chiftados* de por sí.

Yo me permito disentir de esta opinion.

Por último, he aquí un sujeto que parece no haber comido en quince dias, segun es el entusiasmo con que se despacha la mitad de una marraqueta, a son de música, cuyos acordes tal vez los produzca el órgano quejumbroso de sus famélicas tripas. ¿Quién será el hambriento éste? Simbolizará a los sobrevivientes de la guerra del Pacifico?...

¡Ah, ya caigo! es uno de los pensionados de Costa Rica que se educan en nuestra Escuela Normal i que se ha escapado del establecimiento despues de la hora de comida. ¿No les parece a ustedes?...

* * *

He aquí a vuelo de pájaro, o a vuela-pluma las Galerías excéntricas, que a pesar de su apellido, no pueden ser mas céntricas.

Quedan todavía los numerosos estereoscopios, con escojidas vistas que se renuevan constantemente, e instalados en medio del salon; los fonógrafos, que regalan el oido con picarezcas composiciones, i otra porcion de entretenimientos cuyos nombres se nos escapan, como diria un revistero de diarios.

Lo que tambien se nos ha escapado ha sido el pago de la entrada, i esto porque a fuer de cronistas, somos como la estatua del Comendador: tenemos la propiedad de salvar toda valla que se oponga a nuestro paso de empedernidos i hurguetes cazadores de novedades.

Nos despedimos del amable M. Delbecq dándole las gracias por su jentileza i considerando por esta vez resuelto el problema que enunciaba en los comienzos de esta crónica, a saber: cuál es el mejor modo de pasar los aburridores domingos de esta soporifera capital.

Sin más, soi de ustedes, ...etc., etc.

REPORTER

COLECCIONES

Hai colecciones del volumen II (Julio a Diciembre de 1901), al precio de cuatro pesos (\$ 4) cada una.